

DE MUSICA

MUSEO MUSICAL

Hoy en día, el nombre de André Mertens no es muy conocido en la comunidad musical internacional. Su padre, Otto Mertens, dirigía en la Alemania del siglo pasado la compañía de ópera más progresista e innovadora de su tiempo. Entre muchas otras actividades en favor del intercambio y la difusión musical, André Mertens fue el responsable directo de la reapertura de los canales musicales entre los Estados Unidos y Alemania después de la segunda guerra; gracias a él realizaron sus primeras visitas a Nueva York músicos de la talla de Walter Gieseking y Herbert von Karajan. Ahora, las galerías André Mertens del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, así nombradas en su honor, albergan una excelente colección de instrumentos musicales, cuya inspección es un deleite para la vista y para el oído.

Lo más interesante de la colección es el hecho de que, gracias a la paciencia y perseverancia de los restauradores, la mayor parte de los instrumentos musicales que allí se observan todavía suenan como deben sonar. La mejor manera de visitar la colección es —señálese— alquilar una reproductora magnetofónica provista de un *cassette* con comentarios pertinentes al origen y naturaleza de los instrumentos, y muchos ejemplos musicales interpretados en los propios instrumentos.

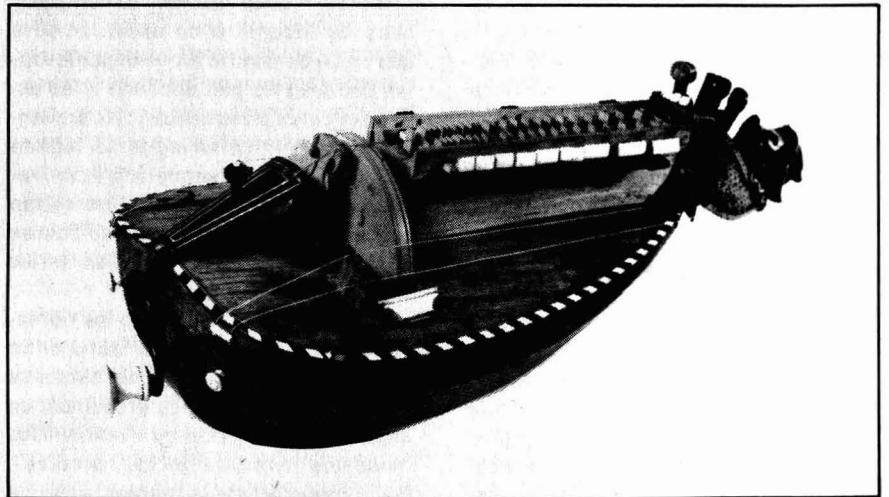
La primera vitrina a la que nos guía el *cassette* contiene toda clase de instrumentos de aliento-metal, entre los que hay algunos cornos naturales (sin llaves) en los que Barry Tuckwell interpreta fanfarrias de caza. Más allá, unos extraños híbridos de trombón y saxofón cuyas campanas semejan cabezas de monstruos y dragones, instrumentos empleados en la Europa Central durante el siglo pasado para amenizar desfiles populares. En la sección de alientos-madera, hallamos una serie de instrumentos hechos de marfil, finamente trabajados, y que solían ser encargados por aficionados ricos y nobles; entre

ellos destaca un clarinete de marfil con llaves doradas, cada una de las cuales tiene como remate una cabeza de león finamente labrada. En seguida, oímos una pieza de Giovanni Coperario tocada en un cornetto de marfil con acompañamiento de cuerdas, y después, una breve explicación técnica sobre la producción del sonido en los instrumentos antiguos de aliento. Es una de las trompetas naturales del museo, Adolph Herseth toca la famosa llamada de la ópera *Fidelio* de Beethoven; como comparación, oímos después un fragmento del *Concierto para corno* de Richard Strauss, interpretado en un corno moderno por Barry Tuckwell.

En la misma vitrina de estos instrumentos hay una trompeta de eco, muy parecida a una trompeta convencional pero con una campana extra dotada de

De paso por otra vitrina con alientos-madera hallamos una enorme colección de oboes y *shawms*. El más peculiar de ellos es un oboe hecho totalmente de vulcanita, con llaves cuadradas de metal, que llevan grabado un pequeño pentagrama con la nota correspondiente a la llave en cuestión. Michel Piguet (que actualmente dirige una banda de oboes antiguos) toca varios ejemplos con diversos instrumentos de la colección. Junto a los oboes, un clarinete bajo hecho de madera y que tiene forma de intestino, seguido por un par de *bassett-horns*, instrumentos prácticamente desconocidos en nuestros días, y que se escuchan en un fragmento de una marcha de Anton Stadler.

A continuación, un grupo de instrumentos muy peculiares: una serie de flautas traversas, flautas de pico y violi-



una sordina. Una válvula adjunta da acceso a esta segunda campana, de modo que el intérprete, sin mayor problema, puede cambiar rápidamente del sonido con sordina al sonido sin sordina y viceversa, creando así el efecto de eco. Lo que me asombra de este instrumento es que en una de mis notas anteriores mencionaba como gran novedad un artefacto similar que vi en manos de uno de los trompetistas de la banda de jazz de Lionel Hampton, y este *echo cornet* de la colección del museo fue construido en 1895. Adolph Herseth demuestra el empleo del instrumento en un pasaje de *El teniente Kijé* de Prokofiev. Se termina la sección de metales con un ejemplo del sonido del obsoleto serpentón, que parece un trombón acatarrado y triste.

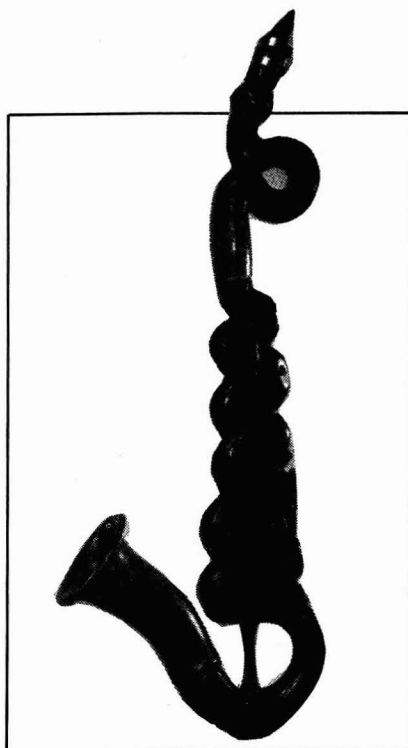
nes contruidos en forma de bastón, según el narrador "para ayudar a la expresión musical peripatética tan afín al pensamiento romántico del siglo pasado". Luego viene la vitrina de las gaitas, cuya inspección va acompañada por una interesante explicación sobre la técnica de producción del sonido, y sobre las primitivas asociaciones guerreras, mitológicas y eróticas del instrumento. Originalmente, las gaitas eran contruidas manteniendo totalmente el elemento animal primigenio. Más tarde, el instrumento se modificó en su apariencia exterior para que las damiselas de la corte francesa pudieran tocarlo sin el peligro de asechanza lujuriosa alguna.

La visita sigue con la que quizá sea la vitrina más llamativa de la exhibición:

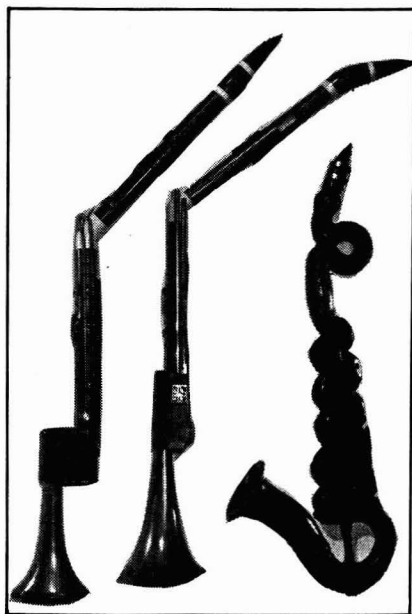
la de las flautas, en la que están expuestos 43 instrumentos de todos tipos, tamaños, materiales, edades y procedencias. Flautas de maderas preciosas, de cristal, de carey, y una especialmente bella, hecha toda de marfil, en la que David Hart interpreta música de Hottetterre. No faltan, por supuesto, los minúsculos *flageolets* y hasta una ocarina de cerámica. Presidiendo la colección de instrumentos de aliento, en medio de una de las galerías, hay un admirable corno natural, hecho de cerámica vidriada finamente decorada, procedente de Alemania.

A continuación hallamos la sección de instrumentos de teclado, cuya presentación se inicia con un piano mecánico ambulante en cuya caja hay figuritas que bailan al compás de *Yankee Doodle*. Toda esta sección ilustra muy claramente la idea victoriana del instrumento musical de teclado como mueble. En medio de una asombrosa colección de pianos y clavecines ricamente ornamentados, está un pianoforte fabricado por Bartolommeo Cristofori, a quien la historia consigna como inventor de este instrumento capital en la historia de la música occidental. En este instrumento, Mieczyslaw Horszowski interpreta un fragmento de una obra de Giustini, que aparentemente fue el primero en componer música para la nueva invención de Cristofori. Junto a este piano histórico, hay otro, quizá menos importante pero más llamativo, incrustado en metales y maderas preciosas y placas de madreperla. En seguida, Lionel Party toca música de Frescobaldi en un virginal antiquísimo; en la colección de virginales hay uno particularmente interesante: es doble, su teclado superior es movable y al ser colocado en línea sobre el inferior suena simultáneamente con él. El instrumento, originalmente construido en Amberes, fue hallado en Cuzco, y se cree que fue un regalo para el Virrey en turno.

Delante de los instrumentos de teclado hay una colección de *pochettes*, violincitos de bolsillo empleados por los maestros de danza para marcar el compás durante sus clases. En el remate del mástil, estos pequeños instrumentos tienen minúsculas cabecitas labradas: una, de un príncipe moro, otra, de un jefe indio, una más, de un querubín. Más allá, los instrumentos menos co-



nocidos de la familia de las cuerdas, con sus respectivos ejemplos musicales: una pieza de Diego Ortiz en un bajo de viola; un fragmento de un trío de Haydn interpretado con un baryton; una sonata de Petzold para viola d'amore; una pieza folklórica sueca en el nyckelharpa; una danza flamenca para laúd. Junto a estos instrumentos, algunas mandolinas, y cuatro violines muy famosos: tres de ellos fabricados por Stradivarius y el cuarto por Amati. Uno de los violines de Stradivarius es escuchado en una pieza de Westhoff interpretada por Jaap Schroeder.



Al fondo de esta ala de la galería hay un gigantesco clavecín, dorado y con un rango usual de cinco octavas. Esta flanqueado por dos esculturas de tamaño natural, también doradas, de Polifemo y Galatea. Finalmente, en una última vitrina, encontramos minúsculas cajitas de música de las más diversas formas: corazones, relojes, arpas, ranas, mandolinas, campanas, joyeros. En ellas, se conjugan el arte del joyero, el relojero, el músico y el orfebre. En el final del *cassette* se escuchan algunas de las melodías de estos mecanismos musicales.

Termina así el recorrido guiado por las galerías André Mertens —pero lo dicho no es todo. Si bien la grabación nos ha guiado a través de los instrumentos musicales occidentales, la colección del museo contiene mucho más; instrumentos musicales auténticos de todos los confines del mundo, desde el Pacífico Sur hasta el Tibet, desde la América Central hasta el Medio Oriente, desde Alaska hasta el África del Sur. Entre todos ellos, quizás el más impresionante sea un enorme gong de bronce, cargado por dos feroces demonios de tamaño natural, procedente del Japón.

En medio de los alardes museográficos del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, la disposición de la colección de instrumentos musicales es particularmente afortunada. Sin embargo, lo que parece más importante allí no es el simple hecho de que exista y de que se pueda ver, sino que muchos de los instrumentos son extraídos periódicamente de sus vitrinas por manos conocedoras que los hacen sonar en conciertos que se ofrecen al público que visita el museo, y en grabaciones especialmente hechas para explorar las posibilidades de los instrumentos antiguos a través de un repertorio adecuado. En esto radica sin duda la verdadera excelencia de esta colección de instrumentos musicales, y es un ejemplo que bien pudiera servir para otras instituciones similares que no hacen más que exhibir la imagen, y no el sonido, de sus instrumentos antiguos.

Juan Arturo Brennan

Nota: Todos los instrumentos musicales cuyas fotografías acompañan esta nota forman parte de la colección del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.